

C.R
863.6
S6852
C.E



EL RESPLANDOR DEL OCASO

FRANCISCO SOLER



FALCÓ & BORRASÉ

EDITORES



FRANCISCO SOLER



A

DAISY VEIGA

que es una risueña burlona y
tiene cierta transparencia dorada
como las muñecas de Paul Chabas.

EL RESPLANDOR DEL OCASO

I

—¡Pero qué hombre! Parece tonto. No trate de engañarme pues ya sé que usted por aparentar una maldad espantosa, daría un ojo de la cara. Quítese esa rígida máscara helada que presta a su figura un aspecto cínico, de piedra inmóvil.

—Por ahora no dispongo de otra; es la única que tengo a mano.

—Es en verdad esa afición suya una anomalía: ser bondadoso, porque usted lo es con deleite, casi con voluptuosidad, y fingirse cruel, perverso, hostil.

Y Lía de Iriarte, aguzando la gruesa boca recogida, con torpeza pueril, tiró fanfarronamente del cigarrillo que encendiera al salir del comedor.

Fué entonces cuando Armando Lile, que la oía de pie, apoyado sobre un codo en la ventana que con luz plateada agujereaba el fondo del corredor oscuro, le dijo en voz acariciadora, muy suave:

—No fume más, se lo ruego.

—Ahora se convierte usted en consejero paternal...

—Se lo ruego. No fume más. Porque cuando el resplandor de la brasa enrojece su rostro, recuerdo los buenos tiempos en que callábamos para dejar que el silencio hablara por nosotros. ¡Ah, usted se encendía repentinamente en rubor! ¡Era un rubor misterioso! Sí, misterioso como la luz de las seis de la tarde.

Lía encogióse de hombros y con una mano en la boca, haciendo ver del modo más ostensible que refrenaba la risa, preguntó:

—¿Adónde leyó eso?

—En mis apuntes del pasado.

—¿Y quién es el autor de sus apuntes del pasado?

—¡Quién había de ser!

—No; se lo preguntaba porque recuerdo que en una ocasión en que le reproché un cambio en su modo de conducirse conmigo, usted me respondió con desenfado que todavía admiro:—Consecuencias de las novelas; no siempre está el humor para jugar a Rafael de Lamartine.

—Sí, pero yo por aquella época jamás mentía.

—¡Qué fresco es usted: cada día empeora! No, Armando; óigame bien: ya supondrá que no voy a caer en indignaciones melodramáticas, tan anacrónicas como la crinolina. Las mujeres hoy somos más ligeras en la manera de vestir y de pensar; las altiveces vistosas, los pianos de cola, lo mismo que el miedo a los fantasmas, han desaparecido de nuestro tiempo. Más, óigalo bien: no me agrada que usted se empeñe en hacerme recordar lo que fué; lo pasado, pasó. No creo

que cada vez que mi marido entre en casa sea preciso ejecutar el himno nacional, pero lo respeto, y lo respeto mucho.

—Hace usted lo que debe. El respeto a los ancianos es un principio de elemental educación.

La sonrisa leve de Lía trocóse por un instante en gesto airado; fué como si una estatua hubiese ocupado su lugar.

—Basta, Armando, basta.

Mas él, quieto, como un escultor que contempla su obra después de un golpe seguro, resistió el latigazo de aquellos ojos azules que el furor doró en la pálida luz que filtraba por la ventana. Luego perfeccionó la posición del crisantemo que estaba, por mal sostenido, al abandonar la seda de la solapa. Y calzándose despaciosamente el guante izquierdo, decía, siempre sonriente:

—¡Yo no tengo la culpa! ¡Si usted no hubiera fumado!... Pero la brasa, el resplandor de la brasa... Ya lo ve, yo no tengo la culpa, francamente.

—Bueno, pues hágase el cargo de que ya he perdido la facultad de ruborizarme. Yo no me ruborizo, entiéndalo.

—¿Que no?

—¡Como suena!

—¿A que sí? ¿Apostemos a que sí? ¿Qué quiere que apostemos?

—No sea majadero, Armando, no sea majadero...

—¿Lo ve? Teme perder. Siente que flaquea. Eso es todo, claro.

—No me haga reír. Su fatuidad me produce el mismo efecto que las cosquillas.

—No importa. Yo me conformo con saber que tiene miedo de perder la apuesta, que ya es una manera de no ganarla; claro, que tiene miedo.

—¿Pero usted es tonto o se hace el tonto? ...

—Pues apostemos.

—¿Qué apostamos?

—Si usted pierde, me da un rizo ...

—¿Mío? ¡Qué hombre más tonto! Pretendía ruborizarme antes de concertar la apuesta, ¿no es eso? No: apostemos un reloj contra un ramo de flores.

—Así, si usted gana, que no lo creo ni en hipótesis, juzgará que le pago con un espejo de cien lunas.

Bajó Lía la cabeza con el movimiento cansado de una rosa que se inclina en un jarrón de porcelana. Pero al punto sacudíola violentamente, al grado que hizo pensar a Armando, al ver desordenarse los cabellos, en esas lloviznas de verano que dora el sol de la tarde. Resuelta, imperiosa, casi enfadada, mandó:

—Vamos a la mesa de juego. Estamos muy solos.

—¿Qué importa? Es acaso la última noche que la veo. Recuerde que mañana parto. Y de la guerra no hay siempre seguridad de volver.

—Estamos muy solos.

—Yo justamente cuando estoy con usted, es cuando me siento acompañado.

—Vamos a jugar un rato...

Armando le tendió el brazo. ¡Eran tan suplicantes sus ojos! Quiso marchar lentamente, abandonado, sintiéndola en sí, para prolongar aquella soledad poblada de recuerdos. Sin embargo, vióse urgido a aumentar la medida del paso perezoso, pues que ella huía del rincón sombrío donde quedarán rezagados del grupo al salir del comedor, enrojecidos por la champaña, alegres, ausentes del minuto en que vivían. Había sido como si se fugaran de las circunstancias ¡una de tantas locuras...!

Antes de entrar a la sala donde los invitados jugaban, encendidos y cabizbajos, Lía de Iriarte se detuvo frente a un espejo que sobre una consola estaba en el fondo del saloncillo gris destinado a los fumadores.

Allí—encerrada por el cristal azulenco que parecía pronto a romperse a consecuencia de los ágiles movimientos con que se disciplinaba el cabello, hilos de miel de abeja sometidos a las extravagancias de una arquitectura caprichosa— Armando la contemplaba bañada en la melancolía perdurable de los buenos tiempos en que escribían iniciales en la arena de los parques, bajo la clemencia hospitalaria de los árboles. Era una muñeca menuda y vibradora, que había dado asilo a un pájaro, y en toda ella predominaba la nota de oro como en los crepúsculos vespertinos. Vivaracha, móvil, sentimental y burlona, diestra a la hora de los donaires, ágil para esquivar una situación enojosa, las lisonjas, cuando

no arrancaban de sus ojos azules una chispa terrible, y de sus labios, mimosamente chiquitines, sonrisas lesionantes, rendíanla hasta encogerla como si tuviese frío.

Repentinamente Armando rompió el silencio:
—Tiene rota una media.

Y Lía se echó a reír, sonora, con el ruido que hubiese producido el espejo si llega a romperse:

—¡Qué hombre! ¡Parece tonto! ¡Creía que iba a ruborizarme por tan poca cosa! ¡Qué hombre más tonto! A ver, permítame: le ha caído una mancha en la pechera; permítame un segundo y se la quito.

Con la uña raspó la pechera fingiendo no oír a Armando que hablaba, mientras tanto, muy cerca, con el gesto presumido de un gallo que acaba de cantar:

—En la vida está usted para mí como en el fondo de ese espejo: la veo, la veo, pero nada más.

—Ahora sí, ya está limpia la pechera; inmaculada como diría mi tío. ¿Qué tal? Vamos, que estoy presintiendo que voy a ganar mucho esta noche.

Al fin se colaron en el salón. Los jugadores levantaron la vista con una extrañeza curiosa de vaca que desconfía del viandante. Mas, al ver a Lía, hubo un rumorcillo acogedor, y las sillas produjeron en el suelo ruido de matraca vieja.

—¡Tanto bueno por aquí!

Fué a sentarse a la par de su marido, don Pedro José Iriarte, lechugino de otros tiempos,

rechoncho magistrado ufano de su posición y de su mujer.

Armando, por su parte, instalóse a la vera del cónsul de Francia, un señor impertinentemente miope y algo cargado de espaldas, que frente a las cartas del naípe inglés olvidaba en absoluto la proverbial cortesía patria.

Repartía la baraja parsimoniosa, fastidiosamente, don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia, tío de Lía por una equivocación del destino, que se hallaba enfundado en un frac que le apretaba por todas partes, como su carácter de hombre metódico que se hacía pelar el treinta de cada mes, con la sola excepción de febrero, porque según manifestaba, volviendo por los fueros de su orden, dos días casi no hacen diferencia en un año.

—¿Tú quieres carta, Lía?

La señora arrellanóse bien en la silla y respondió:

—Si me hace el favor...

—¿Y usted, don Armando?

—Si no le es molesto...

—¿A mí, por qué?

El viejo continuaba repartiendo los juegos con la circunspección que ponía al instruir los sumarios, pues las cosas en este mundo no se hacen o se hacen bien.

El silencio se apoderó de los jugadores que abrían con gran primor y cuidado los naipes en forma de abanico.

—Paso—manifestó don Pedro José Iriarte.

—Y yo—agregó Lía.

Sucesivamente fueron oyéndose golpecitos en la mesá, hasta que don Nicolás preguntó:

—¿Con qué se abre?

—Con reinas.

—Pues abro con cinco fichas.

Los jugadores fueron arrojando, uno por uno, las barajas al centro de la mesa.

Tan sólo quedaron con el juego en la mano Lía, Armando, y naturalmente, don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia, quien dijo con impaciencia:

—Doy cartas.

—A mí, una.

—A mí, dos.

—Pues para que vean lo que son las cosas, yo no me sirvo. Tú hablas, Lía; ten cuidado, porque sospecho que ganaré.

—¡Diez fichas!

—¡Caracoles!

Y Armando añadió, sonriendo, con la boca como almidonada:

—Diez y diez más.

—¡Caracoles!

Lía los miró llena de piedad, cual si fuera a proteger a un mendigo:

—Tengo la seguridad de ganar pero no quiero ser cruel. Pago por ver el juego.

—Yo, tres cartas.

El señor Juez de primera instancia, don Nicolás Rivera, respiró grueso:

—No sirven. ¡Aquí está una escalerilla de mano! ¿Les parece poco?

Mas Lía le cortó la respiración:

—A mí, sí. ¡Flor! Me vino flor de oros.

—¿Han visto ustedes, señores, perder con escalerilla de mano? ¿Lo han visto? ¡Parece increíble! Con escalerilla de mano...

A todo esto, Armando pagaba a Lía, muy cortés, complacido, siempre sonriente:

—¡Flor! Las cosas se parecen a su dueño...

II

Lía Larrabe estaba entonces llena de ilusiones:

—Calcula tú, veinte años, un novio que me quiere como al pan cotidiano y el jardín todo reventado en flores.

Así decía a su amiga Lola Rosales en aquella tarde de mayo, sentadas al pie de un saúco nevado por la florescencia, bajo el rojo resplandor del sol que caía del ramaje de nubes como una fruta en sazón.

—¿Ya no riñes con él?

No, ya no. Todos los disgustos parecían haber terminado. Pero cómo le costó conquistar la paz. Ahora sí que se entendían admirablemente bien; después de tan recias y prolongadas tormentas, navegaban en completa bonanza. La verdad era que ella había tenido la culpa. Y bastante que se lo reprochaba. Porque si en un principio no hubiese demostrado su predilección por Armando, él cae, como los otros, entre sus redes de fina malla, sin necesidad de crear una situación de hostilidades que tardó en desvanecerse.

cerse. Pues, naturalmente, cada vez que Armando tramaba una historia para mortificarla, inventaba otra peor ella, y puestos en ese atajo, rodaron hasta perderse el respeto. Debíó someterlo desde los albores del cortejo, según manifestaba a sus amigas, al régimen de indiferencia más riguroso. Entonces Armando se redujera a uno de tantos pollos que pasaban por la acera de su casa, sin arrancarle más que este comentario:

— ¡Qué divertido! Anda debajo del fieltro que exhibía la vitrina de Veiga. Parece un espanta pájaros.

La tía Rita que se arrellanaba tras de las cortinas en una perezosa ancha y vieja, reprendíala con voz dulcete, que por lo cauta se creyera lejana:

— Niña, no seas imprudente, que pueden oírte.

Ella se encogía de hombros, desdeñosa:

— ¡A mí que me importa! No hay nada que me produzca más risa que los hombres en rol de irresistibles. Todos pretenden sorprendernos del mismo modo, con las mismas actitudes, con el mismo sombrero, con los mismos ojos torcidos, con la misma caña en la mano... ¡Hasta el lustre de los zapatos es el mismo! ¡Hasta eso! ¡Qué desesperación! Todos son iguales, exactos, matemáticamente indistintos; a ratos creo que no hay más que un molde para chorrear enamorados.

No. ¿Para qué mentir? Había uno cortado con tijeras especiales, tal y como ella lo hubiese es-

cogido en un catálogo de pretendientes con ilustraciones iluminadas. Sin embargo a ese lo recordaba con ira, casi con odio. Sobre todo por lo que hizo en el baile con que Lola Rosales celebró su compromiso de bodas. ¡Malcriado! ¡Grosero! ¡Ah, pero se las pagaría, vaya! No era cosa de perdonarle que la dejara referir íntegro el enredo de su noviazgo con Alberto Peña, para volverse, tirando del cigarrillo, como si viniera de un largo viaje, con aire de ausente:

—¿Cómo es esa historia? No la he oído.

Claro estaba que sí atendía; pero lo que ella no le perdonaba era que hubiese visto al trasluz las cartas de su juego. Pues si trajo a colación al pazguato de Alberto Peña, lo hizo para mortificarlo, como pudo haberle pinchado la piel con una aguja: era un pellizco que intentó darle sin contar con que le dolerían las uñas, porque Armando sabía más de lo que aprendió en la escuela y le encontraba las pulgas a un gato negro.

No obstante, nunca es tarde para borrar con el codo lo que se ha hecho torpemente. Al menos, así lo predicaba su tío don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia, que se hacía pelar el treinta de cada mes. Y como que se llamaba Lía Larrabe, rectificaría: lo juraba por las dos cruces de sus parvas manos de uñas espejeantes.

Lía Larrabe, rubia, bulliciosa, pizpireta y jugetona, vivía desde la infancia en el caserón solitario preñado de ecos que recibió en herencia su tío don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia, no hay que olvidarlo. Huérfana de madre,

fué abandonada, cuando era aún muy niña, por su padre, un sudamericano aventurero que en un día de calor se hizo a la vela y no dió luego más señales de vida. Y allí creció con los saúcos del patio, entre las caricias de doña Rita, pobre vieja que en el mundo no hubiese tenido otra cosa que sus seis arrobas y media de grasa y la caspa de su marido don Nicolás Rivera, si aquella chiquilla endiablada no llega a poblar la casona de gritos, de halagos, de locuras que el matrimonio perdonaba con esta frase sacramental:

—Son cosas de Lía...

¡Y qué cosas se le ocurrían a la muchacha!

A lo mejor estaba don Nicolás leyendo al oído de su aplastante Rita—más de quintal y medio de humanidad bien conservada—las aventuras de Manón Lescaut, cuando entraba Lía enfundada en la larga levita y, subiéndose a una silla, decía con voz chillonamente oronda:

--Señores diputados: el pueblo está en peligro . . .

Pero don Nicolás se apresuraba a salvar el trapillo de ir a misa de diez los domingos y fiestas de guardar:

—No, hija, con mi levita no juegues; busca otra distracción.

—Es que esta noche me siento redentorá de las multitudes.

Mas como don Nicolás no consentía bromas de mal género que atentaran contra la invariable regularidad de la economía doméstica,

veíase precisada a templar la vihuela andaluza de las temporadas veraniegas para acompañar coplas sentimentales que oyera a las criadas del servicio, con quienes trababa a menudo amistad:

—Y si lanzas un suspiro,
que sea tan levemente
que se oiga solamente
en el aire que respiro.

Muy pronto la obligaban a enmudecer.
¡Faltaba más! ¡Barullo en casa del señor Rivera, Juez de primera instancia que se hacía pelar el treinta de cada mes!

El cabello de don Nicolás era un almanaque, pues como él repetía, satisfecho del rigor de su metoicidad, sólo en febrero alteraba la periódica visita a la peluquería, dado que dos días no hacen diferencia en un año.

—¿Qué fecha es hoy?—preguntaba Lía a su primo Marco Aurelio.

—Posiblemente veintinueve porque el tío anda transformado en poeta simbolista.

Aquel primo inflado, coloradote, que usaba las ropas apretadas y las mangas cortas, era la única representación real del sentimiento de familia para Lía, pájaro calentado en nido ajeno.

Una mañana llegó al caserón de don Nicolás cuando la muchacha venía del baño, fresca, cernida de gotas como una hoja matinal:

—¡Hola primito! ¡Qué dicha que hayas ve-

nido! Ahora nos vamos a pasear. No me digas que no. Tengo ganas de campo, de sol, de aire, de agua. La ciudad me pesa como un pecado.

—Pues andando, vamos a la Sabana.

—No, vamos al lago de Amón.

Empezaba a picar el calor. Serían las diez por filo cuando llegaron al lago donde el sol se hacía pedazos. Lía hechó el brazo sobre el cuello del infladote primo y le dijo mimosa, casi arrulladora:

—Oye: ¿serías capaz de hacerme un favor?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú.

—Pues, si puedo . . .

—Sí puedes. En adelante vas a andar conmigo a todas horas. No te permito que te separes de mi lado, ni en el teatro, ni en el parque, ni en los cafés.

—Eso es una ganga.

—Mejor para tí.

—Oye, Lía, dime una cosa.

—A ver.

—¿Qué te propones?

—¡Qué hombre más curioso! No, nada me propongo.

—No me engañes.

—Bueno, pues te lo voy a decir; si no, revientas. Necesito provocar los celos de un hombre.

Y como la confesión la había ruborizado, partió veloz. Colocóse tras el tronco de un árbol, desde donde empezó a gritar:

—Alcánzame; corre tú, también. ¡Qué tonto

eres! ¿No puedes correr? ¡A que no me alcanzas!

El plan produjo, en efecto, maravillosos resultados.

Armando Lile repetía con frecuencia, al ver a Lía acompañada por el mantecoso Marco Aurelio que siempre andaba reventando la ropa:

—¡Ese primito! No conozco sello de correo más antipático. Jamás se despega.

Pero en mayo, cuando las rosas se esponjaron, la tarde en que cumplía años, dijo Lía a su amiga Lola, bajo la copa de un saúco nevado por la florescencia:

—Estoy muy contenta: veinte años, un novio que me quiere como a los ojos de su cara y el jardín todo reventado . . .

Ahora sí podía la estrafalaria de Rosalía Miranda no quitar de la gallarda figura de Armando los binóculos en el teatro. ¡Qué le importaba! Más segura de su amor y más feliz, nadie había. Eso sí, le dió harto qué hacer el pescarlo en sus redes; pero de allí estaba convencida de que no había de irse.

Sólo don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia—hay que tenerlo muy en cuenta—se manifestaba disgustado con el noviazgo.

—Figúrate, Rita: un petimetre, un manirroto. La semana pasada vino con el pelo recién cortado y ayer otra vez la misma.

Por su parte Lía manifestaba que se reía de los peces de colores y de su tío en persona, sin ocultar que tenía dispuesto marcharse de la casa si la fastidiaban más de la cuenta.

En eso sucedió que don Nicolás, Juez de primera instancia, entró una noche de improviso a la sala precisamente en el momento en que Armando daba con la boca un chocolate a su novia.

Grave, indignado, herido en su honor, como cumple a un Juez, don Nicolás se talló la levita para decir con el tono fúnebre que el caso requería:

— Señor mío, en esta casa sobra uno de los dos.

— Indudablemente soy yo.

— Y en este mundo también.

— Ese debe de ser usted.

Saludó severamente, marchóse y no volvió más.

Todas las tardes, rosada y dorada a la luz del crepúsculo, lo esperó Lía de codos en la ventana.

No, no volvería.

Al fin, una vez viólo venir a lo lejos, esbelto, gallardo bajo el sombrero de Jipijapa, con una raqueta en la zurda, abrochada la americana azul, blancos los pantalones y calzado de blanco.

Lía temblaba.

En la esquina de la casa se detuvo Armando.

Momentos después se unió a Rosalía Miranda, quien acababa de aparecer en la boca de la calle, también con una raqueta en la mano, toda de blanco hasta los pies ligeros.

Lentamente fueron borrándose allá en el fondo del paisaje rojo, donde resplandecía el ocaso...

III

Armando Lile disponíase, con calma, a tirar la última carambola. Llevaba una larga serie y las tres bolas habían quedado en cómoda posición para terminar la partida. Pero Rogelio Casares, a fin de alterarle el pulso, que lo tenía aquella tarde muy firme, por cierto, le preguntó, mientras daba tiza a la birola, poniendo un gesto indiferente lleno de naturalidad:

— Por fin ¿cuándo se casa tu novia?

El taco produjo sobre la bola un ruido falsamente vibrante que se esparció por el salón.

— Mi novia, no. No tengo novia.

— Me refiero a Lía Larrabe.

— ¡Ah! Entiendo que se casa con el Licenciado Iriarte, rescoldo de magistrado que resultará, por los años que lleva encima, un marido hipotético.

Casares, a quien no faltaban más que dos carambolas, las hizo, mordiendo la risa que emanaba de su boquizuela maligna.

— Estás vencido. Si quieres, jugamos otra mesa.

—No, me siento cansado. Parece mentira: hace lo menos dos semanas que no gano una partida.

—Entonces juguemos al round para esperar la hora de comida.

Pero Armando se negó, en tanto se ponía el saco, dispuesto a marcharse inmediatamente entre las parcas reverencias de los criados que en el zaguán parecían títeres ceremoniosos dentro de la verde casaca de solapas rojas.

A pesar de la serenidad de piedra labrada que se había impuesto para la exportación, los movimientos de Armando, recogidos, en armonía con su imperceptible manera felina de andar, sufrían alteraciones; sentíase brusco en el decir y en el talante. El comercio social violentaba su espíritu disciplinado; la voz sin lastre de los compañeros del club—profesionales de la diversión, figulinas de yeso, huecas decoraciones de parques y paseos—le crispaban los nervios como el rayar de un diamante sobre vidrio. A ratos pensaba que era un hermano de sí mismo, viejo, impertinente y achacoso. Lo peor de todo venía a ser que la pereza habíase aposentado en él como en feudo propio. Nada le agradaba. Nada quería. Nada hacía. ¿Para qué? Y aquella maldita pérdida de la afición a la vida traslucíase hasta en sus negocios de abogado, pues ahora nada menos acababa de perder un litigio a consecuencia de un olvido que no llegó siquiera a lamentar, aunque comprendía que acarrearía descrédito a su personalidad de principiante

borrosamente delineada. ¡A él qué le importaba! Y sólo mostraba resistencia para soportar las bromas que le llovían en el club como efecto inevitable de su postura dudosa de novio desdenado.

—Hácese lo que debe casándose; una mujer soltera sobra en todas partes después de cierta edad.

Más allá, en el fondo de su pensamiento, se levantaba terrible acusación, la mujer que casa sin amor es tan venal como la que cae en brazos mercantes a cambio de una moneda. Por momentos dudaba, sin embargo. No, no era posible. Lía no se sacrificaba para cortar la situación hostil que se creó en su hogar; hostil, sí, pero efímera al cabo, como el olor a tierra húmeda que se levanta en el aire cuando llueve en la montaña.

A todo esto procuraba encontrarse con la muñeca rubia que había hospedado un pájaro, según él mismo le dijo en mejores tiempos, ya esfumados como un crayón expuesto al sol. Inútil deseo. Desde que Lía contrajo compromiso de matrimonio, hurtaba el cuerpo a sus ojos, esquivaba las ocasiones de encontrarlo; y la única vez que tuvieron oportunidad de estar solos, ella se dió muy buena maña para esconder sus impresiones con habilidades mágicas de prestidigitador.

¡Ah, no había que dudarle: se casaba!

Ya lo tenía dicho a Lola, que no era seguramente una caja de caudales para guardar un secreto:

—Me caso con ese hombre porque me quiere.

—¿Y tú lo quieres?

—¿Te parece poco que me quiera?

—No, pero en fin...

—Pues no voy a decirte que me siento una llama: para qué mentir... Mas quererlo, lo quiero. ¡Ya lo creo! Lo quiero y sobre todo lo estimo. Lo estimo, sin regalarle nada: por su historia limpia, por las credenciales de su talento; en una palabra, por su fama. Fíjate qué distinto es mi sentimiento al de las que se casan creyéndose enamoradas de un muchacho sin más respaldo que el de la juventud; uno de tantos de la polle-
ría social, peleles rellenos de paja, con una flor en el ojal por todo mérito y una imitación de caña de Indias en la mano, por toda fuerza. Pasa la luna de miel, nos enseñan el amor en toda su esplendidez y, quemadas las primeras ilusiones, no nos queda ni el recurso de estimarlos.

—Piénsalo bien, de todos modos.

—No creas, el amor de los viejos tiene grandes encantos. Es como el resplandor del ocaso. Es sereno, es apacible...

—Y triste.

—No; ¿por qué?

—Es sereno, es apacible. Pero lo mejor que puede encontrársele es la virtud de que concluye pronto.

—Armando es joven, y ya ves...

—A propósito, ayer estuve con él. Hablamos de tí. Llevaba un libro en la mano que, si no me equivoco, se llama *La ciudad alegre y confiada*. Me leyó un párrafo en que decía que el

amor es indurable y que si Julieta y Romeo llegaran a casarse, en vez de ser los amantes inmortales serían una esposa más y un marido más.

—¿Y de su cosecha?

—Que se alegraría mucho si fueses feliz.

Lía bajó los ojos, plegóse las faldas e introdujo los pies bajo la silla.

—Yo también estaré contenta el día que lo vea feliz.

Lo que no confesaba Lía era que si se había resignado a soportar a don Pedro José Iriarte, hízolo en la certeza de que Armando no se pondría al lado de ella, frente a la sotana de un cura, a oír la Epístola de San Pablo. Y menos que Armando, cualquiera otro, pues sus locuras estaban muy lejos de ser un secreto. De modo que, colocada en tal condición, no iba a quedarse toda la vida dando vueltas al compás de la música sobre el embaldosado del Parque de Morazán. ¡Por tonta! Prefería lo peor en la vida matrimonial que la suerte más envidiable con el calificativo de solterona, oculto entre las arrugas de la cara que vendrían tarde o temprano.

El señor Magistrado de Casación, don Pedro José Iriarte, tenía un chalet al final de la calle donde estaba la casona de don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia.

A menudo se venían juntos los dos señores, cuando cesaba el tráfago cotidiano.

Y sucedió que una tarde se encontraron a Lía en la puerta con los ojos encendidos; conocíasele que había llorado largamente.

—¡Ay! Estoy procurando ver si encuentro mi canario que se escapó de la jaula.

—¿Y por eso ha llorado?

—Si yo no he llorado.

—Pierda cuidado—dijo el señor Iriarte— yo voy a mandarle uno que es una cascada. Lo compré a bordo de un buque alemán. Va a ver qué pájaro.

Efectivamente, el canario llegó.

Y desde aquella tarde del frío mes de diciembre, desnudo de frondas, don Pedro José Iriarte, Magistrado de Casación, dió en detenerse frente a la ventana de Lía:

—¿Cómo va el canario?

Luego se quedaba allí hasta que las sombras desvanecían a la muchacha, que en el marco de la ventana tenía la apariencia tenue y transparente de las rubias de Chabas, bajo el resplandor del ocaso . . .

IV

Aquella noche despedían a Armando Lile que marchaba a la mañana siguiente a pelear por los fueros de Francia, patria de sus mayores, si bien él nació bajo el sol tropical.

El señor cónsul, sosteniéndose siempre los quevedos con las manos, habíale dicho, fija la mirada tenaz de miope rematado:

—Es una fiesta de confianza en honor del soldado francés Armando Lile. Comeremos juntos algunos amigos. Luego, los que bailan, a bailar. Y nosotros, por supuesto, a jugar hasta quedarnos sin un centavo, como de costumbre.

Armando hubiera preferido ir esa noche de pico pardos por los barrios bajos que ahora los frecuentaba con abusiva asiduidad, en obediencia a un proverbio que oyó muchas veces en labios de su padre:

—Hay que ser un poco cuerdo—aseguraba aquel judío francés, tirado por la resaca de la

ambición a estas playas de la engañosa América— hay que ser, sí señores, cuerdo por el día y loco por la noche.

Armando, para demostrar, sin duda, que aprovechaba las enseñanzas paternas, se echaba a la calle después de comida y no se recogía hasta el rayar del alba. Mas por el día era tan cuerdo, que abandonaba el lecho cuando la oscuridad hallábase por completo cerrada. Pero resueltamente, estaba de Dios que había de fastidiarse la última noche entre un hacinamiento de niñas llenas de cintajos y de gazmoños escrúpulos que le preguntaban a cada paso, en falsete:

—¡Ay! ¿No le da miedo irse a la guerra?

Por fortuna, al final de la comida varió el viento. Armóse la partida de pocker, y cuando los jugadores se enderezaban hacia la sala, pilló a Lía que fumaba en un rincón oscuro del corredor mal clareado por el parche argentino de la ventana.

—Esta es una buena oportunidad para asesinarla.

Ella rió escandalosamente, encalorizada por la champaña.

—¿Y qué espera?

—No lo hago porque no podría ensañarme como sueño en mis soledades. Quisiera matarla hundiéndole un alfiler en cada poro. Así, aún quedarían sufrimientos a mi favor en nuestra contabilidad.

—¡Pero qué hombre! Parece tonto. No trate de aterrorizarme, pues ya sé que usted, por

aparentar una maldad que no tiene, se dejaría cortar la cabeza.

Charlaron alegres, lo mismo que allá cuando empezaba el noviazgo, ora tirando a herirse, bien jugueteando con el sentido de las palabras, hasta que llegaron a concertar una apuesta que ambos estaban seguros de ganar. Repentinamente a doña Lía de Iriarte se le metió entre ceja y ceja que aquella soledad le resultaba pernicioso y allí estaban en la mesa de juego, fastidiándose a punto de dormirse. Mas, al cabo de mucho perder, recordó Armando que necesitaba ruborizar a la señora del Magistrado antes de abandonar la fiesta. Aclaróse la garganta; luego manifestó tranquilamente:

—No juego más.

—Pero, hombre, ahora viene la buena racha.

—No juego más porque Lía ha dado en la flor de esconder las cartas. La acabo de sorprender en el momento en que atrapaba el as de bastos. Ahí lo tiene, debajo de la silla.

El señor Magistrado don Pedro José Iriarte clavó los ojos en el acusador, feroz el ceño, hecho un puño, como esculpen la máscara de la tragedia.

En eso Lía reventó en carcajadas:

—¡Qué tonto! ¡Pero qué tonto! Habíamos apostado a que me pondría en una vergüenza y creyó que así iba yo a caer.

—Lo cierto es que allí bajo la silla, aparece la carta.

Entonces terció don Pedro José, severo,

sin que su ecuanimidad judicial le permitiera montar en cólera:

—Señor Lile, para broma ya es bastante.

Lía había recogido la carta del suelo y continuaba atacada de risa:

—¡Qué tonto! ¡Pero qué tonto! Sabe, Armando, que usted se ha puesto en ridículo...

—Confieso, don Pedro, que a su señora no la ruboriza nadie.

La muchacho reía, reía:

—¡Qué tonto!

El señor cónsul de Francia aplaudía loco de contento, saliéndose de su joroba:

—Armand c'est un grand sprit, future gloire de la France.

En medio del barullo general, levantóse la voz chillona de don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia:

—Bueno, señores, doy cartas. Porque esto, como ustedes comprenden...

Lía lo interrumpió:

—A mí no me de. Pedro, vamos a bailar.

—Espérate un rato, que empiezo a desquitarme.

Aprovechando la ocasión, ofrecióse Lile muy solícito a servir a la dama en su capricho:

—Para mí será un honor acompañarla.

Mientras tanto, habíase puesto de pie, tendiendo un brazo, del que Lía se asió para abandonar el salón.

Cuando llegaban a la puerta, oyeron a don Pedro José Iriarte que conservaba por Armando

el cariño que le puso cuando era su profesor de Derecho Público:

—Estos muchachos son locos de atar.

La noche era fresca, toda en calma. Armando y Lía salieron al balcón, donde se reclinaron como en la popa de un buque que se dispone para hacerse a la mar. Allá, arriba, entre una nube clara, la luna semejaba bien una gota de agua transparente, luminosa. Las estrellas tenían, asimismo, no adivinaban qué líquida fluidez. Muy lejos, la aguja gótica de un templo era un fio que cortaba el horizonte. Y abajo, los transeuntes pasaban en silencio, oscuros en el claro derrame de los astros misteriosos.

—Qué noche tan linda.

—Las cosas son según los ojos que las ven.

Lía quedó muda, dominada por la obstinación de los ojos firmes de su compañero; mas, haciendo un esfuerzo, le rogó, someramente risueña, después de golpearle los dedos con el abanico:

—No me hable así, Armando.

—Se lo prometo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me confiese sin ambages, aunque le cueste trabajo, si usted ama a su marido.

—¿Por qué no había de amarlo?

—Pues yo no sé...

—Sí, Armando, sí...

—¿Como me amó a mí?

—Yo entierro a los muertos y no me acuerdo más de ellos...

—Pero ¿de veras ama usted a su marido?

—Sí, ya le dije que sí. Oígame: cuando me iba a casar, hice la observación de que el amor de los viejos es como el resplandor del ocaso: no tiene furores de insolación, pero por eso mismo contenta más al espíritu. ¿No ha sentido usted nunca durante los crepúsculos una calma lenta, lenta dentro de sí, una calma que lo llena todo? Pues así es el amor de los viejos.

Armando permaneció en silencio hilando apresuradamente la seda del bigote:

—¿Por qué no supo esperar?

Lía tardó en levantar el dedo con el ademán amenazante de las abuelas regañonas:

—Es usted un gran hipócrita.

—Menos mal. Peligrosos son los hipócritas a medias. Los que se conservan siempre en papel de farsantes equivalen a los sinceros. Pues por no ser descubiertos, parecen afectuosos, consecuentes en su deferencia, repiten en la vida sus actos. La hipocresía puede llegar a convertirse en escuela de lealtad.

—Sin embargo, usted no es de los que repiten sus actos, me figuro.

—Yo soy un hipócrita que me engaño a mí mismo. Calcule que hasta pensé en matarme . . .

Cruel, fría, tranquila en su ferocidad, lo atajó Lía:

—¿Por qué no lo hizo?

—No lo sé. La verdad, no lo sé . . .

Ella sonreía y de sus dientes desprendíanse los reflejos que la luz arranca a un bloque de hielo:

—¿No se alarma si le hago una proposición?

—No, señora.

—Hágase matar en la guerra.

—¿Me lo manda porque así lo siente?

—No lo dude.

—¡Usted, Lía! ¡Usted!

—No lo dude. Los hombres locos son generosos, capaces de un sacrificio. Las mujeres locas, por el contrario, somos egoístas hasta la fiereza, hasta lo último. Es natural. Creamos situaciones que no podemos sostener y nos falta aplomo para resolverlas. Aquí estamos en el tablado un hombre loco y una mujer loca: usted debe ser generoso hasta el sacrificio, yo soy egoísta hasta la crueldad.

—Me ama, entonces.

—Para usted es igual; de todos modos, nada ha de obtener de mí.

Armando sacó del bolsillo del chaleco gris la caja de fósforos para encender un «Susini» que conservaba apagado entre los dedos enguantados.

—Antes, su amor era la vida; hoy tiene palideces de muerte. Antes, su amor soñaba con un nido a la orilla de un río, a la sombra de un cedro; hoy piensa, con el ceño fosco, en una sepultura ignorada, sin una flor, sin una cruz.

—¡Qué le vamos a hacer!

—Recuerdo que una noche clara como ésta, ya hace algunos años, estaba usted, como ahora, blanca a la luz de la luna. Era en el verano. En el campo. Parecía usted de mármol. Pero el fuego la consumía. Poco a poco fuimos acercán-

donos. Me rozó con un rizo, no se me olvida. La vecindad de sus mejillas quemaba, y de pronto se oyó un beso. ¡Un beso! ¡El primero! ¿Recuerda?

Violento tremor se apoderaba del menudo cuerpo de la muchacha; Armando, que la vió encendida, golpeó satisfecho el dorso de una mano contra la palma de la otra.

—Le gané la apuesta.

—Eso sí que no.

—Confíeselo.

—Sí, sí; pero vámonos de aquí inmediatamente.

Y sin esperar a Armando se partió aligera hacia su marido, que entraba por la puerta de la sala de juego.

—Admírense: le he ganado a don Nicolás Rivera. Yo pagaría ciento por ganarle cincuenta en todas las ocasiones.

Armando se acercó poco a poco, muy felino.

—Yo paso por la pena de despedirme.

—¿Se va? Es muy temprano.

—Sí, señor. Pero el tren de los reservistas parte en la madrugada y a estas horas tengo en desorden mi equipaje.

El antiguo profesor de Derecho Público gritó, volviendo la cara hacia la sala de juego:

—Señor cónsul, se nos va Armando.

Y Lía, por su parte, gritaba a los músicos que tocaban en la sala de baile:

—Maestro, la Marsellesa, la Marsellesa.

El cónsul se apresuró, con los brazos abier-

tos, a despedir al reservista. La música resonó augusta, heroica, con alardes bélicos de trompetería.

El cónsul, levantando las manos, salíase de su joroba y rasgaba el aire poderosamente:

—¡Vive la France!

Todos los invitados que ya se habían agrupado en derredor respondieron con gritos salvajemente solemnes.

Y don Pedro José Iriarte, agregó:

—¡Viva el soldado francés!

Lía murmuró al oído de su esposo:

—No puede ser que no se lleve un recuerdo de este minuto. A ver, dame tu reloj.

En medio del entusiasmo que ponía frío en las espaldas, pensaba Armando que toda la alegría de ese momento sí era, en verdad, un resplandor del ocaso.

Lía le arrancó de su efímera meditación:

—Aquí tiene este reloj, un recuerdo.

—Mil gracias, mil gracias.

El cónsul continuaba gritando:

—¡Vive la France!

La música vibraba.

Al amparo del bullicio musitó Lía:

—Luego no diga que no pago lo que pierdo en apuestas.

—Mil gracias, mil gracias.

—Y no olvide mi encargo.

—No lo olvido.

Terminó en voz alta, ya cogida del brazo de su marido:

—Es preferible el recuerdo de un héroe que la presencia de un hombre.

El señor Magistrado de Casación repitió, encantado de la frase, como un eco sobrenatural, sin darse cuenta de que su mujer estaba cometiendo un crimen:

—Más vale la memoria de un héroe que la presencia de un hombre.

LA MANO DE FUEGO

I

Lía de Iriarte nadaba alegremente, serena y en silencio sobre las olas. Pero como había abusado de aquella ondulante agilidad graciosa que le permitiera mostrar el cuerpo tendido en el agua, semejante al reflejo que aprisiona un cristal, empezó a sentirse cansada. Entonces se volvió de espaldas, la cara al sol que hería de soslayo. Así, entre desdeñosa y llamativa, sonreía al grupo que la contemplaba con malicia, bajo los redondos sombreros de paja, desde el barandal que cae frente al mar. Y fuese poco a poco, cual una vela en calma, hasta que logró asirse a la cuerda donde reposaban de la lucha contra la corriente una multitud de bañistas dentro de sus delatores trajes oscuros, enfilados lo mismo que las golondrinas en un alambre.

Al llegar apresuróse Manolo Casal a tenderle la mano para ayudarla a sentarse. Mas ella, fingiendo que no le veía, sacó el brazo con cairel de espumas a fin de agarrar por sí sola la cuerda, pues deseaba colocarse cerca del doctor Astorga, un morenillo raquítico que a pesar del

ceño apretado presentaba con la melena alborotada, el pecho y los brazos al desnudo, aspecto femenino de tricromía borrosa.

Lía jadeaba toda aspavientos estirando el cuello como si quisiese respirar mejor:

—¡Ay! ¡Ay! Hubiera jurado que me ahogaba. Yo no sé lo que me sucedió. Estaba muy bien. De pronto me vino un mareo. Y me quise ahogar. Nada más...

El doctor Astorga desarrugó el ceño, pero sin abrir demasiado los ojos verduscos que no resistían la resolana de la mañanita veraniega, le interrogó muy interesado:

—¿Bebió mucha agua, señora?

—Sí, amigo mío, en esta vida hay muchos tragos amargos que apurar.

A los ojuelos incisivos del doctor Astorga, Emilio Astorga García, médico y cirujano como rezaban sus tarjetas impresas en papel pergamino, asomó la luz de una sonrisa:

—Se presentan momentos en qué se siente miedo. ¿Verdad?

—¿Miedo?

—Sí, señora. No se encoja usted de hombros. El miedo en los temperamentos arrojados es virtud antes que envilecimiento. Recuerdo a un viejo camarada, violento y agresivo, avezado en hazañas revolucionarias que me refería cómo en los combates se multiplicaba, se multiplicaba en sus sentidos. Oía de modo preciso al mismo tiempo el graznido de cada una de las balas que pasaban por lo alto con volar ciego de pájaro

nocturno; diferenciaba los olores distintos de la selva, el cedro amargo, la reina de la noche, las parásitas que enfloran los ceibos, el eucalipto de esencia mística, el helecho perezoso y siempre fresco; la vista alcanzaba distancias de faro intermitente; la fuerza de sus músculos crecía hasta convertirlos en máquina de acero incapaz de rendirse al cansancio. Aquella multiplicación de los sentidos que se revelaban ante el peligro, según la opinión de mi viejo camarada, un barbudo capitán lleno de cicatrices y de aventuras galantes, hacía feroces a los soldados que por miedo se tornaban recios, indómitos al parecer. Tenían miedo de morir, sencillamente, y mataban.

—Pero eso no es miedo.

—No lo dude. El miedo que paraliza no es miedo justo. El miedo que nos multiplica, ese es el miedo terrible, destructor, el miedo de los audaces, el miedo total que engendra héroes. Los hombres no matan por denuedo; matan por defenderse, porque les falta valor para morir. Lo contrario sería suponerlos más crueles de lo que en verdad son.

—Y menos cobardes.

—Menos cobardes, si señora. Dentro de la piel de cada héroe hubo un hombre que no pudo correr a tiempo y a hurto.

—De manera, pues, que, siguiendo su lógica, en cada desertor habría habido un héroe si lo ataja el enemigo.

—No tanto, señora, no tanto. A esos les falta

otra clase de miedo registrado en el lenguaje convencional con el nombre de pudor. Pero muchos de ellos se hubiesen defendido... ¿Conoce usted el caso de mi colega el doctor Llovet?

—¿Un valenciano viejecito que hace muchos años no ve nadie?

—El mismo.

—No sé de él sino que es un misántropo, un enterrado en vida.

—Es un corazón muy maltratado, como casi todos, como todos...

—¿Qué le sucedió?

—Ahora vamos a nadar un rato; la historia resulta larga.

—Sí, es verdad, vamos, ya tengo frío. Mas prométame que a la hora del aperitivo me referirá el caso de su colega, el pobre solitario doctor Llovet.

Lía lanzó un grito y sumergiósse de cabeza en el agua para surgir entre remolinos allá donde su marido, el redondo, el flácido licenciado don Pedro José Iriarte, Magistrado de la Corte de Casación con veintidós años de servicio, flotaba como una boya sostenido por rojas aletas.

Muy contento de ver a su mujer, desplegando y encogiendo armoniosamente el menudo cuerpo de rubia quemado por el sol, exclamó con regocijo:

—Mira, mira: ya voy aprendiendo a nadar. Mira ya me falta poco.

El buen señor chapaleaba moviendo toda su grasa envuelta en pellejo papandujo y Lía no pudo contener un gesto de compasión:

—Ya nada.

—¿Verdad que sí?

—Nada como una piedra.

Y volvió a perderse dentro del mar de estaño fundido sin esperar la respuesta del señor Magistrado con aletas rojas, quien a causa de la risa que le produjo lo que él juzgaba donaire de la esposa se había llenado la boca de agua y arrugaba la cara escupiendo para todos lados.

El sol doraba la cresta de las olas.

Por el espacio desplegó su albura una garza real. Lía que ya iba saliendo del agua la siguió con los ojos hasta verla confundirse en una banda que a lo lejos parecía espuma regada en la playa. Por fin dispuso irse. El doctor Astorga habíale traído la bata para que recatase el cuerpo mal disimulado por la ropa mojada. Y envuelta ya, simulaba un capullo reventón. Cuando salía encontróse con su tío don Nicolás Rivera, Juez de Primera Instancia. Estaba el vejete tumbado en un hueco cavado en el suelo y los chicos que no se aventuraban al agua enterrábanlo en arena con intranquila laboriosidad de hormiguero.

Lía se enfadó y no pudo reprimirse:

—¿Pero qué hace usted allí, tío?

—¡Ah! Tú no sabes.

—Yo qué voy a saber.

—Tú no sabes. Esto es inmejorable para el reumatismo.

—¿Y usted padece de reumatismo?

—No, pero ningún cristiano deja de estar expuesto. ¿Quién me asegura a mí que no he de padecerlo algún día?

—No, tío, no haga eso.

Y como un soplo subió por la escalera.

A todo esto ya venía de retirada a su vez el señor Magistrado don Pedro José Iriarte. Naturalmente don Nicolás Rivera no perdió la ocasión de repetir una frase que desde el día anterior habíale proporcionado un grande éxito, en momentos en que el jurisconsulto se iba a pique: la justicia no siempre flota.

El señor Iriarte le preguntó risueño al verlo en tan triste postura:

—¿Cómo va eso don Nicolás?

—Ya lo ve. No se puede negar que la justicia no siempre flota.

—No se puede negar, como no se puede asegurar que siempre sea limpia.

El señor Juez de Primera Instancia, don Nicolás Rivera se sintió gravemente ofendido. ¡Hay cosas que pasan de castaño oscuro! La verdad era que todo manchado de arena, los huesudos brazos renegridos, y los huesos de las pantorrillas al aire, en camiseta y calzoncillos húmedos, no honraba la serena misión que le habían confiado sus compatriotas no sin acierto puesto que jamás le habían visto lejos de su levita, aquella larga levita circunstancial, verdeguante y agorera.

A plomo de las diez de aquella mañana que hervía en sol, las mesas de la terraza de los ba-

ños se encontraban todas ocupadas; los veraneantes habíanlas asaltado. Cuando el doctor Emilio Astorga se presentó con los cabellos todavía húmedos, los verduscos y parpadeantes ojos enrojecidos por la sal marina, forrado en fresco amarillento dril, no pudo conseguir silla en qué sentarse a tomar el aperitivo. Llamó a un criado negro a quienes los temperantes habían dado en la flor de llamar *Mosca en leche* a causa del contraste que presentaba su rostro con la casaca decididamente blanca que llevaba; comprometiólo mediante unas pocas monedas y así consiguió que le trajesen una mesa. Luego pidió una copa de whiskey y humeando un cigarrillo que el mismo liara, quedóse en espera de la señora de Iriarte quien debía llegar pronto según lo convenido dentro del agua.

Era este doctor Astorga mozo hasta de treinta años, si bien su apariencia magra restábale por lo menos cuatro. Tenía ancha la frente que avanzaba atrevida labrando prematura calvicie; los ojos azás parvos, verdiclaros como las ostras rancias; recogida la nariz que le daba talante altanero; la jeta gorda, el mentón corto; y en todo él un cierto aire raro de falderillo flaco, limpiecito y mimado. Andaba con pereza, a grandes trancos, la cabeza ladeada, los brazos caídos. Pero lo que en verdad le singularizaba consistía en un movimiento nervioso que a menudo le obligaba a cerrar el párpado derecho a la vez que encongía los hombros de modo casi imperceptible.

Había hecho siempre una vida dispareja, irregular, sinuosa cual las montañas que tanto amaba. En ocasiones consagrábase lleno de pasión al Hospital del Puerto donde ejercía en calidad de cirujano en jefe. Y a lo mejor desaparecía del mundo. Los compañeros no lo buscaban. ¿Para qué? Sabían que se hallaba en su habitación, borracho, sucio, ausente de sí mismo; era esta la suerte que tenía para huir de la existencia. Así permanecía bebiendo champaña, whiskey y aguas gaseosas hasta que empezaba a fantasear enloquecido. Sometíase entonces a un régimen abusivo de bromuro y baños fríos. Después de semejantes excesos quedaba destrozado; despertábanse en su imaginación los recuerdos de estudiante, sed de París, del París en que había vivido, de un París miserable y canallesco, alegre como una copla, de cariños sin reales, de estufas sin leña, de amor que no se repetía. Mas también necesitaba para la tranquilidad de sus nervios exaltados la selva americana donde creció; si se marchaba ya no correría tras los venados mientras los perros aullaban, ya no iría a los arroyuelos, por la nieve olorosa de las resedas, antes de que las primeras lluvias cristalizaran las hojas; fracasaría asimismo en su afición de lazar ganado, jinete en potro rebelde. Era un eterno desterrado, alma sin rumbo, voluntad sin órbita. La noche lo entristecía; bajo la luz perlada de los astros solía ver las mujeres que amó y sentía repugnancia por la que amaba a la sazón, puesto que

la juzgaba carcelero que le impedía ir a las otras, veladas ya por una nubecilla de melancolía, ennoblecidas por la distancia, embellecidas por la ausencia, fantasmas pobladores de un casón solitario.

Para tal guisa de desazones conocía el remedio: jugar; aturdirse jugando; jugar hasta que el clarín de los cuarteles anunciara el rayar del alba.

La semana anterior, sin ir muy lejos, perdió a los dados el valor de la casuca en que vivía con su hermana. Hacia la madrugada, cuando se retiraba del brazo de Manolo Casal éste le dijo en son de reprimenda:

—Ya lo ves, eso te sucede por no recogerte temprano.

Y él, metiéndose las manos en las faltriqueras, encogió los hombros:

—¡Bah, lo que dejé allí no es más que dinero!

En el momento en que el doctor Astorga arrojaba al suelo la colilla del cigarro, apareció Lía en la terraza. Inquirió por encima de las cabezas que al verla le hacían muy gentil reverencia, hasta no dar con la silueta morenucha que buscaba. Arrogante como una garza rosa, con leve paso de sombra, dirigióse a la mesa donde la esperaba su compañero de baño.

No bien se había sentado cuando se agregó Manolo Casal, quien no la desamparaba desde la tarde en que arribara al puerto de moda, sudolienta después de cinco horas de encierro dentro del carro de un ferrocarril que tiene en la montaña andina curvas violentas de relámpago.

Este pollo que recordaba por la faz gorda y nariguda un garbanzo, pulido siempre, las mejillas sonrosadas, consistía únicamente en una americana de último corte y el quiebre rectilíneo que el aplanchador esmeraba en los pantalones. Para él una uña sin brillo compendia la mayor deshonra de un hombre. Y y su ciencia tenía por límite el termómetro, lo cual explica perfectamente que no concluyera de formular quejas contra la temperatura desde que se acercara a la mesa:

—¡Qué calor!

Lía recordó que el doctor estaba en deuda con ella, dado que le había prometido referirle una historia:

—No eche en olvido, doctor, la oferta de contarme el caso de su colega.

Manolo Casal resoplaba:

—¡Esto es un horno!

Y el doctor se esquivaba:

—Ahora no. Más tarde.

—Aquí no se puede vivir fuera del agua.

La señora se quemaba en curiosidad:

—No admito prórroga, doctor. Me debe y me paga si no quiere ir a los tribunales.

Aún opuso resistencia el médico:

—Manolo conoce esa historia, de modo que lo vamos a fastidiar.

—¿Qué historia?

—La del doctor Llovet.

—¡Ah, sí! Cuéntala. A mí no se me olvida la impresión que tuve cuando la oí por primera vez.

El doctor llamó a *Mosca en leche*, el criado negro que por lo anguloso parecía tallado en obsidiana.

—¿Qué pedimos para usted, señora?

—Un bitter.

—¿Y para tí?

—Un cok-tail.

—Bring, please, a bitter, a cok-tail and wiskey and soda, for me.

Manolo Casal urgió al fámulo:

—Ten presente que es para hoy.

Y Lía tornó a la carga:

—Bueno, doctor, de aquí no he de irme hasta que no cumpla su promesa.

—Me pone usted en el trance, con semejante amenaza, de ser incumplido.

—Más galante sería usted si me sacara de mi curiosidad.

—¿Bien, conoce usted los llanos del Guanacaste?

—¡Cómo no! En mi vida he visto nada más desolador; horas tras horas de llanada caliza, sin el refugio de un árbol, sin la ilusión de un río. A mí me producen esos llanos el efecto del alma de un egoísta, sin un buen sentimiento, sin un amor que florezca.

—¿Los vió de noche en alguna ocasión?

—No, doctor, por fortuna.

—Entonces imagine una sombra densa, continuada por otra sombra, y más allá sombra, y siempre sombra.

—Andar por allí debe ser peor que estar cie-